

Leiva Ardana, Jorge, *Fútbol y Dictaduras. Resistencia vs Propaganda*. Valencia, La Xara Edicions, 2012, 138 pp.

Por Miguel Ángel González Claros
(Universidad de Cádiz)

El deporte y la política han caminado juntos desde sus primeros pasos. Muchos son los gobiernos que han intentado y manifiestamente logrado beneficiarse del deporte rey. Si esto ha sido una realidad en gobiernos democráticos, en los regímenes dictatoriales la constatación es mucho mayor dado que el fútbol es la actividad humana con mayor capacidad de movilización.

El fútbol ha ocupado un lugar preponderante en nuestra sociedad. Ya a partir de mediados del XX, se comenzó a utilizar la expresión “Pan y fútbol” para hacer un uso político de este deporte, un medio para canalizar las inquietudes sociales de los ciudadanos. Expresión que nos traslada al siglo XVIII español de “Pan y toros” y a la más antigua de “Pan y circo” en el imperio romano. No menos interesante resulta el concepto de fútbol como droga social de Paul Preston para evitar manifestaciones y protestas por la población, es decir, como herramienta de control por parte de los regímenes políticos. También encontramos otras comparaciones como la que hace el profesor Galeano entre fútbol y Dios, al hablar del fútbol como una religión, lo cual, a su vez, hace referencia a la cita de Karl Marx “la religión es el opio del pueblo”, aplicándola al mundo deportivo y en particular al fútbol. Nada más hay que constatar los sentimientos de identidad que surgen referente a los equipos desde edades bien tempranas, “las comparaciones de los estadios con catedrales, los hinchas convertidos en fieles devotos, los ídolos deportivos elevados a la categoría de cuasi divinos”, y como las celebraciones son verdaderos rituales donde se ofrecen los trofeos al santo de turno.

Así pues, desde su nacimiento, como nos dice el autor, son muchas las disciplinas académicas que han tratado el tema. De acuerdo con ellas, para algunos autores el fútbol es un fiel reflejo de la sociedad en que se originó, propias de la producción industrial; para otros el modelo que subyace en la organización futbolística es un reflejo del sistema político, social y económico del mismo. Así el fútbol ha sido utilizado como elemento liberador de la agresividad, una “válvula

de escape” de las tensiones de la vida diaria, un medio controlado de canalizar los descontentos y frustraciones. También en el fútbol son muchos los seguidores que en la búsqueda del “yo ideal” encuentran en los nuevos héroes deportivos identificaciones que les libere de la ansiedad acumulada por el “yo real”.

El deporte de competición y en particular el fútbol mantiene relaciones estrechas con el poder político y como fenómeno de masas es susceptible de ser manipulado. Es evidente que el fútbol es una actividad física inmersa en un contexto social y político. Es en este contexto que el fútbol ha llegado a ser lo que es en la actualidad y todo fruto de intereses que lo han alzado y a los que sirve, reproduciendo para ello una serie de valores sociales dominantes. Se ha utilizado el fútbol como medio de identificación colectiva, asociada al patriotismo o nacionalismo. Los deportistas actúan como “embajadores” de los países que son representados por sus equipos. A ello habría que añadir los símbolos que lo acompañan como himnos, banderas, cánticos indicadores claros de su politización.

Frente a todo esto, el fútbol también ha sido un medio de protestas y reivindicaciones políticas, un espacio en donde se han plasmado disputas fruto de diferencias políticas como ha sucedido en varias ocasiones entre los países de la antigua Yugoslavia. Un ejemplo reciente han sido los enfrentamientos entre serbios y albanos, el pasado mes de octubre, con motivo del partido de clasificación de la Eurocopa Francia 2016.

Es durante el período de entreguerras cuando el poder político entendió al fútbol como instrumento a favor de sus intereses ideológicos dado que era el mejor escaparate para mostrar su superioridad frente a los demás. Pero, como nos muestra el autor a lo largo del libro, nadie, como los regímenes dictatoriales han sabido utilizarlo como verdadero instrumento propagandístico.

El fascismo, representado por la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y la España de Franco trata de aprovecharse del potencial del fútbol como herramienta política y vehículo de propaganda. Encuentran en la práctica de este deporte, por medio de las competiciones internacionales, como las Olimpiadas y las Copas del mundo de las décadas de los años 20 y 30, y en especial en la organización de algunos de estos eventos, la

manera de proyectar la mejor imagen de estos regímenes.

En Italia en pocos años desde el ascenso de Benito Mussolini y el PNF al poder en 1922 el deporte pasa de ser una actividad reservada a una minoría a otra bien diferente, controlada por el gobierno a través de diversas instituciones como el Comité Olímpico Italiano y la Federación Italiana Giuoco del Calcio que pronto se vieron sometidas a una “facistización” en toda regla con unas instituciones muy jerárquicas y centralizadas. Su máximo esplendor llega con la adjudicación del Mundial de 1934 momento de máximo fervor del fascismo en torno al Duce.

La llegada al poder del Partido Nacional Socialista (NSDAP) en 1933 trae consigo que la doctrina nazi llegara a todos los sectores de la sociedad. Al igual que en Italia se consideraba que la gimnasia era la mejor actividad para la fortaleza de la raza. Pero con la creación de instituciones muy jerarquizadas y centralizadas el amateurismo dejó paso una “nazificación” basada en criterios raciales e ideológicos. Es, tras las Olimpiadas en Berlín, en 1936 cuando el régimen nazi tomó conciencia del deporte del deporte para fines propagandísticos, como una ventana donde mostrar una nación ordenada y pujante, siendo utilizado el fútbol en particular como herramienta política para transmitir una imagen de normalidad frente a la comunidad internacional.

En el caso español, el autor hace referencia a la politización del fútbol en una serie de aspectos que merecen ser destacados. El primero de ellos es el uso del mismo como instrumento de la propaganda a través de la aplicación de elementos fascistas al juego (saludo fascista, camisetas de color azul en lugar de las habituales rojas, la castellanización de los conceptos futbolísticos en lugar de los habituales ingleses, etc.). En cuanto al papel del fútbol como factor de despolitización, es evidente que a partir de los cincuenta formó parte de la llamada “cultura de evasión” viéndose muy incrementada por la llegada de estrellas extranjeras como Di Stéfano o Kubala, a los triunfos europeos del Real Madrid y a través de la selección nacional en las competiciones internacionales. El equipo nacional fue el principal aliado de Franco para exaltar el concepto de madre patria a través de la furia española. Es de mencionar también como el fútbol, tanto en el País Vasco como en Cataluña, encontró el espacio en el que poder

plasmarse los sentimientos reivindicativos a través del Atlético de Bilbao y el F.C. Barcelona.

Un tercer apartado al que hacemos referencia es al fútbol bajo el comunismo. El deporte y más concretamente el ejercicio físico, bajo estos regímenes, ha jugado un papel subordinado a los intereses del poder. El ejercicio físico era el medio para mantener una población “preparada para la defensa y el trabajo”. A la vez el deporte ha sido utilizado como herramienta publicitaria en la tarea diplomática de estos Estados para la obtención de prestigio y reconocimiento internacional. En el caso soviético con la entrada de la URSS en las Naciones Unidas en la década de los 30, se produce un viraje hacia el deporte occidental, una nueva mentalidad hacia el deporte burgués, con la creación de una liga al estilo europeo, equipos patrocinados por sociedades, apoyo al deporte de élite, supremacía en los diferentes Juegos Olímpicos de las siguientes décadas.

Otro país comunista que sobresalió durante algunas décadas en los Juegos Olímpicos es el caso de la República Democrática Alemana en pugna constante con sus vecinos del oeste. Como bien se constató, tras la caída del Muro de Berlín en 1989, tales éxitos quedaron empañados por uso de sustancias dopantes. En el caso del fútbol mención especial fue el excesivo control al que estuvo sometido este deporte por parte de La Stasi o Ministerio para la Seguridad del Estado. En otros países comunistas como Hungría y Rumanía, el modelo futbolístico desarrollado adoptó el patrón soviético caracterizado por la interferencia política en el juego, la corrupción, la deserción de jugadores y las rivalidades enconadas entre diferentes clubes patrocinados por los diferentes poderes pertenecientes al Estado.

El último capítulo está reservado a dos países donde el fútbol es una pasión desbordante, en concreto Argentina y Brasil. Durante la vigencia en estos países de regímenes militares, se tomaron diversas medidas para que lograr que el fútbol actuase como dique de contención frente a los discordantes. El caso argentino inmerso en un contexto dramático, tras el golpe de estado de Videla, celebraron la Copa del Mundo. Previo a ello se hizo una limpieza de fachada del país, donde, grupos de izquierdas como periodistas sufrieron graves daños, llegando al asesinato. Pero cosas del fútbol, gracias a la victoria de la selección argentina, tanto torturados como torturadores se

abrazaron gritando los goles de su equipo. De Brasil solo comentar que si Inglaterra fue la cuna del fútbol, este país consigue elevarlo a su máxima perfección. Inmersa en fuertes regionalismos era primordial para los dirigentes construir una nación brasileña y constataron que el fútbol, a través de la selección nacional, era el mejor medio de lograr tal objetivo. Para muchos aficionados Brasil es sinónimo de fútbol, pero como en otros países que sufrieron golpes de estado, sus dirigentes tuvieron la ocasión de celebrar una Copa del Mundo en momentos muy cruentos, como un medio de fomentar el patriotismo y en definitiva utilizar el fútbol para sus propios intereses.

Así pues a lo largo de este libro podemos constatar como a medida que el fútbol se hacía popular los regímenes autoritarios supieron utilizarlo como instrumento de propaganda, encontraron el escenario perfecto para difundir los valores e intereses de sus respectivos regímenes.

Palacios Bañuelos, Luis (Coord.), *Donde habita el olvido. Las Humanidades hoy*. Madrid, Catalina Seco Editora, 2013, 432 pp.

Por Raúl Ramírez Ruiz
(Universidad Rey Juan Carlos)

Donde habita el olvido. Las Humanidades hoy, es una obra que, partiendo de una cuestión cardinal para la educación y la cultura en el Mundo de Occidental, se ha escrito para conmemorar el 15^º aniversario de la fundación del Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos. Su coordinador y principal autor, Luis Palacios, lo define como “*un libro sincero, sencillo y asequible, fruto de la experiencia acumulada y que alerta de la triste realidad de las Humanidades*”.

El Instituto de Humanidades de la URJC nació en 1998, un año después de que el Profesor Palacios, en aquel entonces catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba, fuera reclamado a Madrid, con la misión de implementar un sistema de créditos-asignaturas de Humanidades para todas y cada una de las carreras de la naciente URJC. Ya que, ésta en su diseño original, consideraba fundamental la faceta humanística para una “formación integral” de sus alumnos.

Según su Director, Luis Palacios, el Instituto de

Humanidades de la URJC, nació con tres objetivos, que siguen siendo su santo y seña. En primer lugar con el objetivo de “*fomentar el humanismo y dar a las Humanidades en la universidad el rango profesional que se merecen*”; en segundo lugar, con el fin de “*ayudar a construir una España mejor, es decir, democrática, justa y solidaria, con ciudadanos críticos, conscientes de sus derechos y cumplidores de sus deberes*”; y en tercer lugar, para “*contribuir a que los valores dimanados del humanismo sean el cimiento de la persona y la sociedad frente a intereses comerciales o económicos*”.

Esos objetivos son, también, el espíritu que enmarca esta obra que bebe directamente de las fuentes de lo que fue, quiso y pudo ser la Institución Libre de Enseñanza. No en vano, Luis Palacios, es uno de los mejores conocedores de José Castillejo, su presencia constante es acompañada por la de Ortega y Gasset y Marías, cuyo Instituto de Humanidades es el modelo en el que mirarse. El profesor Palacios, cree necesarios rescatar aquel modelo de Humanidades, profundamente liberal, en el buen sentido de la palabra, que sirvió de fundente de las dos instituciones antedichas, especialmente, en este mundo marcado por el dinero y la búsqueda del poder.

Por otro lado, al margen de esos “males” generales del mundo, o al menos de Occidente, es especialmente importante recuperar, repasar y repensar las Humanidades en un país como España: una sociedad *light*, a la que se le suponen valores como la flexibilidad, la adaptación y la tolerancia, donde casi todo se acepta con una permisibilidad generalizada. Pero como Palacios se pregunta ¿son valores reales o impostados?, pues la sociedad española hoy en realidad es “relativista”, no está “sedimentada”, la laicización ha dado paso a la laxitud moral, la pérdida de la idea nacional, la falta de una ética civil a la ausencia de la autoridad y la norma, y, finalmente, sobre todo, al triunfo de la “mentira” como herramienta que oculta el predominio de los intereses económicos, políticos o de imagen en una sociedad carente de valores.

Esto es lo que piensa el profesor Palacios, y advierte, “*si no hay valores religiosos, ni éticos, ni jurídicos, que rijan nuestra conducta [sólo queda] la fuerza desnuda y el fraude*”, el “*poder como derecho*” (p. 126).